

Sección Bibliográfica

UN AÑO DE LA VIDA DE DELIBES

Juego de preposiciones, como hizo el poeta Pedro Salinas en juego de pronombres («vivir en los pronombres»). Cambiemos el ritmo del juego: la preposición *de* en mutación de *en*. De la vida y en la vida. No se altera la perspectiva, y acaso se completa la introspección del vallisoletano Miguel Delibes. Está en vida, nos cuenta un año de su vida. Retazos, apuntes, notas. La rigurosa sensibilidad que es la suya, y el epicentro es la sensibilidad al acecho del mundo. Un escritor con la conciencia dolida. No hay nada de quijotesco, pero sí mucho de valentía. Vida humanista, atando cabos de todas las situaciones y circunstancias del vivir de todos. ¿No es resonancia en la vida suya? El mundo sigue dando vueltas, y Delibes fue firmando semanalmente sus notas, las de la vida de todos (y recálquese: no sólo la suya; más bien blanco del tiro al arco que exclusiva flecha) durante los días de un año. Acaso algo más, acaso algo menos. ¿Tiene importancia el recuento de fechas? La lectura debe hacerse con *Un año de mi vida* (Destino, Barcelona, 1972). Páginas impresas, que fueron cuartillas pensadas, sentidas. No hay nada gratuito o dejado al azar de las alas tempranas o nocturnas. La pluma es herramienta que obedece. No se obceca el escritor en sus intentos; la materia prima debe venir de realidades ante todo. Así, durante los doce meses del año, aglutinando notas de las cuatro estaciones, fueron publicándose puntualmente en la revista catalana *Destino*, todas las semanas, las impresiones que a Delibes le iban sugiriendo las realidades cotidianas, vividas por él o por los demás. Adviértase que hago hincapié en algo que me parece esencial: la trayectoria de comunidad de los hombres. Nunca se edifica, ni mentalmente siquiera, una torre de marfil, bastión aislador de vigilancia y acecho, siendo asimismo defensa y refugio. No hay paredes y tabiques con corcho, como al buen Juan Ramón Jiménez le sucedía (o, para que no sólo sea leyenda, alguna vez le sucediera). Aquí, en lo tocante a Delibes, y en una ciudad que no es capital ni mucho menos, arden ruidos y dolores, se oyen los latidos de mil y mil corazones. Es su mérito, su humanismo; algunos afirmarán: es su límite, su alcance

reducido. Yo, francamente, no lo creo. No es que a mal tiempo se presente buena cara; es que al tiempo de historia debe darse la cara. Y si eso frena, también *eso* otorga validez solidaria, necesariamente comprensiva y humana.

Así es el prelude de todo lo suyo, novelística o notas (apuntes para una posible ensayística). Honestidad, sinceridad, solidaridad. Ramalazos de lo que es hondo manantial suyo. Hontanar (como diría el poeta terruñero) de una prosa limpia y lenta y cuidada (estos dos atisbos calificativos se funden y se interpenetran). No cabe duda que lo aparentemente sencillo y elemental, por cotidiano y trivial, por usual y universal, cobija las tramas más hondas y fecundas de Delibes. Estas páginas, al darnos en homenaje casi las claves diarias (la caza o la enfermedad, las cartas o las lecturas, el paisaje o el país entero, etc.) de sus preferencias, también nos sirven de ayuda en la intentada aproximación psicológico-social al escritor. Hay ahí, en palabras o frases, el lenguaje más íntimo (siempre de cristal transparente) de Delibes, y entresacándolas, se logra (o se quiere conseguir) el ahondar en las motivaciones más directas y autobiográficas (o eco de los demás) de su itinerario de buen novelista, enfocado como autor representativo y significativo de una época y de una tendencia dentro de la España nuestra del siglo xx.

Explica el autor su deseo, algo que no pasa de lo normal. Y confiesa que le fue tomando gusto a la cosa: redactar notas breves. Y al principio, «aquello avanzó a trancas y barrancas». Hubo paradas y paréntesis. Había que sufrir el aprendizaje. No se trataba del método acostumbrado en la novela. Lo conciso tenía otras exigencias y otro era el derrotero de la pluma. Con dos cláusulas imperativas siempre: no insistir en lo exclusivamente íntimo (no caer en la estampa del egoísmo añorado) y sobre todo no dejarse llevar por las atracciones que ofrecen gozo al repetir las. Delibes lo deja dicho del modo siguiente: «Advertí dos cosas que para mí eran fundamentales: que cabía realizar un diario sin incurrir en subjetivismos impropios y que esto era posible hacerlo rehuyendo la reiteración.»

Notas al día, la espontaneidad que excluye lo elaborado, pero que admite el calor de la creación futura; apuntes para alguna hipotética trayectoria en artículo (no se olvide que una actividad constante en Delibes es el periódico, *su* periódico, *El Norte de Castilla*) o incluso en desarrollo novelístico, o hasta (no es colmo de los colmos, sino sencilla coincidencia del hombre que caza y del hombre que escribe) en capítulo especializado de alguna obra cinemática.

Delibes, como ante un espejo: mirándose, y casi como Velázquez

en *Las Meninas*, dejando que se le vea, que se le mire. Las notas de un diario son apuntes de autorretrato. Facetas y matices de la autobiografía al desnudo. Confesiones. Y es de notar que no resulta ser trabajo muy corriente dentro de las letras españolas, mientras que en las letras francesas es algo normal y hasta brillante; recuérdense diarios recientes importantes: los de André Gide, de André Maurois, de Roger Vailland. Puede decirse que en Francia todo escritor que se respeta va forjando su diario, sus notas personales. Pero asimismo adviértase que esa *habitualidad* crea un ropaje de literatura, que no son notas al tuntún, sino que llevan mucha enjundia reposada; acaso reside todo en que esos escritores piensan (mejor sería decir: saben) que sus páginas de diario íntimo, sus memorias, están destinadas a publicarse, a ser *obra literaria*.

Cabe destacar una frase suelta de Delibes que puede servir de definición en cuanto a su peculiar idiosincrasia, a su carencia de engreimiento. Nos dice: «Cada vez me hacen hablar más y cada día tengo menos cosas que decir.» Actitud de cansancio, como la fuente que comienza a dar menos agua, a empobrecerse. Desde luego no es mi creencia. Pero la verdad es que a fuerza de arrancar hojas al árbol, lo tupido no es siempre igual y tan hermoso o tan generalizado. Sin embargo, Delibes está en su madurez más fértil. Lo elaborado se fragua en lo sustancioso, y lo adornado (si lo hubo, que para mí nunca lo hubo, pues Delibes no es hombre de artificio y de afeites) se vuelve concisión, o sea que Delibes dedica más savia a la síntesis, a la fórmula, a la brevedad, siempre tan escudriñadora y al mismo tiempo (sin paradoja alguna) tan explicadora. Si la vida le hace hablar más, cosas tendrá que decir y contar. Que se exprese en notas o en misivas o en novelas o en libros de viaje, ¿qué más da? Al grano, que es lo esencial. Y Delibes siempre fue al grano. Siempre fue su preocupación. Su tajante preocupación de hombre inmerso en una determinada historia, en un país muy concreto. Claro es que no le falla la memoria ni le falta prospectiva humana. Todo unido, a mi parecer, forma su situación, le cataloga, se impone como retrato y biografía. Esto es, que Delibes no se oculta nunca, tal vez ni sabría hacerlo si lo quisiera. Pero es que no quiere. Es su psicología. Y *Un año de mi vida* ayuda a lecturas más ahondadas y diversificadas, cual miradas analíticas. Aunque esté vivo y coleando y aunque le disguste algo, la verdad es que esas notas forman su autorretrato y su autobiografía, con su evolución humana y literaria.

De todos los temas que Delibes esboza o encauza, he entresacado tres; acaso reflejan pautas realistas, verídicas, en la vida y trayectoria

delibeanas. Es la comunicabilidad, vista a través de: 1) raíces de la literatura; 2) caza y ejercicio; 3) moral y justicia.

Tal vez todo podría agruparse bajo la bio-tradición, la bio-ética y la bio-literatura. Con la carga emocional del humanismo, siempre.

RAÍCES DE LA LITERATURA

Advierto que voy siguiendo el orden cronológico, respetando las fechas en que las notas fueron escritas. Claro que hay trabazón profunda en todo ello. Ante todo, el fluir de la literatura, de la novelesca en Delibes. «Lo que en uno no es más que intuición», dice (página 39), al «analizar lo que hay en los libros de autobiográfico, de observado o de inventado». Al fin y a la postre, es la reunión o mezcla de muchos materiales. Y ultima su propio arte de novelista: «En sustancia, pienso que el arte de novelar consiste en acertar a ensamblar estos materiales de distinta procedencia en una misma historia.» O sea, el camino novelesco, la historia que va aglutinándose en torno a determinados personajes, vistos, vividos o imaginados. Que de todo hay en las viñas del Señor. Ni arroyuelo seco ni salirse de madre por desbordamiento. Ese «acertar a ensamblar». Y si se logra, es por pura intuición.

Delibes cree en la angustia de la creación. Al hablar con un amigo, dice: «Le conté mis desazones cada vez que inicio un libro en fórmula equivocada y soy consciente de mis errores, pero incapaz de enderezarlos» (p. 72). Y con sencillez añade que a veces «problemas de situación se me resolvían durante el sueño». Algo de psicoanálisis interviene siempre, pero sin reglas precisas; Freud no lo formuló, y sus seguidores andan por mil sendas a la vez. La desazón no abandona nunca a quien escribe, en prosa o verso. Y asimismo la casualidad o el misterio o lo que sea (¿qué vocabulario emplear si ello exigiría un acuerdo *a priori* de aclaraciones de lenguaje y de epistemología?), al intervenir, accionan mecanismos lúcidos o subconscientes y se pone en marcha la creación propiamente dicha.

No viene a ser mero divertimento la literatura, aunque aporta dichas durables y hasta inefables. Hay que atacarse con decisión y perseverancia. «Yo pienso que para escribir un capítulo de novela hay que sentirla y llevarla dentro—la novela—. Es el clásico yunque y en su unidad más abarcadora.

Hay interrelaciones entre el autor y sus libros, entre Delibes y sus novelas. Acaso más en Delibes que en muchos escritores. La comunicación de vasos comunicantes que se establece entre autor y protagonis-

tas; es más: «la identificación autor-personaje». Interviene la pluralidad de personajes; hay que escoger. ¿Criterio de vida y selección correspondiente? «Lo primero que el novelista debe observar es su propio interior... Vivir es un constante determinarse entre diversas alternativas... Dar testimonio, en una palabra, no sólo de lo que ha ocurrido, sino de lo que podría haberle ocurrido (al personaje) en cada caso y en cada circunstancia» (p. 93). Las cuartillas se entregan, y urge entonces la necesaria reactualización de vida e imaginación, mosaico de numerosas posibilidades del autor en sus desdoblamientos e hipótesis. ¿Por apasionamiento? Delibes lo cree en lo tocante a vivir la novela, y afirma que debe ser cuestión de clima, de influencia del medio, porque «nuestra vida (y nuestra novela, por tanto) es extravertida, cálida y cordial» (p. 159). Se aleja, dice, del determinismo, pero el novelar es pasión, al menos, en España. No hay intelectualidad y hay vida; no hay sequedad y hay emoción y calor. ¿Cabén agarraderas a mucha fantasía, a mucha divagación por zonas abiertas de la novelística? No se crea que intervienen mil y mil caminos, mil y mil temas. Quienes lo dicen ven los toros desde la barrera. Hay dominantes y nada más. Pero forzosamente, al haber calidad y hondura, horadando en el meollo, la personalidad, dice Delibes, es monótona. Sí, tiene razón. «Yo creo que, en el fondo, todos los que escribimos disponemos de pocas ideas, escasos temas y escasos personajes» (p. 168). Lo demás es alarde de buena colocación de escenas, variando el enfoque descriptivo-analítico-comunicativo. Claro, «por mucho que barajemos, las cartas siguen siendo las mismas». Al menos, en trabajo individual, y la literatura lo es hasta ahora; no se concibe la pluma en equipo. Dentro de lo novelístico o de lo poético, se entiende.

No se aguanta con facilidad lo huidizo de las situaciones novelescas. En una colección descubridora a ese respecto (*Les chemins de la création*, de Skira, Suiza), diversos autores van exponiendo sus arranques al escribir, o una palabra, o un recuerdo, o un color, o incluso una letra y su dibujo, o un cuadro. Todo es exacto. El caso es que «la palabra es un elemento resbaladizo y falaz que con frecuencia nos traiciona», escribe Delibes (p. 197). Desde luego, y sin llegar a tanto, es huidiza, no se deja asir a fondo. Por eso puede fallar la aprehensión: sentido concreto, situación sintáctica, vehículo de nuestra posición de hombre y de escritor.

Cunde una parte de misterio. Recuerdo que el poeta Paul Eluard, cuando hablábamos de estas cosas en París, me decía: debe doblarse el texto a la razón y al sentimiento. ¿Existe tamaña sujeción y obediencia? ¿Tenemos tanta fuerza dominadora ante las fases o facetas del

escribir? ¿Todo reside en zonas de absoluta claridad? Por mi parte, no lo admito. Cabe lo misterioso, lo incontrolable, y no es que evoque a Rimbaud o a Lautréamont o a los surrealistas. Es, ni más ni menos, que el mecanismo de crear no es rígido y plegable a nuestra voluntad razonadora y escolástica. Hay *otra cosa* en determinados momentos. Hay la fórmula, y el camino, y el tono. Sí, es verdad. Técnica y estilo. Pero «resueltos estos problemas, la temperatura de creación —que algunos llamaron musa e inspiración otros— no puede negársenos», dice Delibes (p. 98). Nos asiste la razón a todos: claridad y sombra, luz del día y de la noche, ésa es la morada de la creación, su paisaje con sol o con lluvia y sin dejar de ser nunca el mismo paisaje, esto es, el mismo hombre creador.

Nada ni nadie puede modificar ese arraigo. Ni siquiera la censura. Ah prestigio de la libertad indomable. Cuánta razón le asiste a Delibes: «Lo único imposible será reducir al artista a la mudez cuando verdaderamente tiene algo que decir» (p. 205). Inmediatamente, con energía arrolladora, se alzan unos versos de Miguel Hernández, quien con su vida truncada pagó la independencia del decir en poesía, la imposibilidad de su mudez expresiva y cantora:

porque yo empuño el alma cuando canto

y se debe a que nadie ni nada enmuralla una voz, nadie ni nada logra amordazar la sangre libre y valiente, como el mismo canto miguelhernandiano quiso expresarlo adecuada y apasionadamente. Porque le obligaba su comunicabilidad, porque verdaderamente tenía algo que decir su voz.

La vida y los hombres, ¿qué es, si no, la novelística? Vivir de verdad, metiéndose de lleno en los parajes de la contienda cotidiana, individual y solidariamente. ¿Los personajes en la novelística delibeana? Es postulado esencial y así lo reconoce: «yo doy a los personajes un lugar preponderante entre todos los elementos que se conjugan en una novela» (p. 213). La libertad en torno a la autenticidad. Eso es, con responsabilidad en la creación, ya que, al fin y al cabo, en los personajes, «el autor está detrás de todos» (p. 214).

No se escinde la obra del hombre. ¿Sería concebible? Es idea banal (o idea seria, y en principio las ideas serias se consideran como banales) cuando el escritor tiene algo que decir. En apoyo convergente lo dice asimismo Cela y casi con los mismos términos: «porque en toda obra el escritor —¡ojo!, me refiero al escritor que tiene algo que decir— trabaja sobre personajes de la gran comedia humana, a lo Balzac» (*Destino*, 11 de marzo de 1972). Sí, late siempre lo personal y lo colec-

tivo en su simbólica intercomunicante y recíproca. Delibes se ahonda más en lo que es (en lo suyo, que, aunque a contrapelo, aflora como base autobiográfica novelística) que en lo que se inventa, en lo que se imagina.

CAZA Y EJERCICIO

¿Es la faceta constituyente de las aventuras de campo y aire en Delibes? Debe de serlo. Sirve para subrayarlo que lo cinegético es preocupación constante (y hasta algo sorprendente) en Delibes. Afición, tendencia, placer. Acaso incluso como garita de observación, sopesando los elementos comparativos de la Naturaleza y de los hombres. Claro que lo psicoanalítico también bulle en eso de ir a la caza y en el gozo íntimo, completo e inenarrable. Dos novelas suyas lo atestiguan en temática central y exclusiva: *Diario de un cazador* y *Con la escopeta al hombro*. Gozo tan grande que Delibes es feliz al ver que sus hijos se entregan a la misma pasión. Pero lo interesante reside en la relación de cazar y vivir; la ósmosis es total. Con apuntes del vivir, y va notando las mutaciones del paisaje, regodeándose cuando «verdeguean los montes más que de costumbre», y es que ahí, por Valdenocedo «el roble se ha desarrollado de tal manera que, o mucho me equivoco, o esta ladera será con el tiempo uno de los resguardos favoritos del jabalí» (p. 14). ¿No es una mirada de especialista? Lo es, no cabe duda. Enriquécese además con esa pasión la perspectiva de escenas para situaciones novelescas, y asimismo se incrementa y diversifica el vocabulario. El palabrear (y sus respectivas tradiciones) del idioma castellano, y otro relato preclaro y para mí muy representativo de lo delibeano, con toda su significación, es *Viejas historias de Castilla la Vieja*. Cazar, aislarse, soñar, una vida sin trabas. ¿Privilegio dentro de estructuras más bien pesadas y encadenantes? Tanto gozo es el suyo, que Delibes aspira a morir «en su puesto», o sea, junto a la carabina, cargando cartuchos y lleno de ilusiones cinegéticas. Como le ocurrió a un amigo suyo. Y confiesa entrañablemente: «Así me gustaría morir a mí. Ilusionado con algo la víspera. El que se muere sin ilusiones era ya un muerto» (p. 22). El énfasis suyo es plenitud, intuitivo y razonado apego a algo. La caza (y la pesca) es su agarradera, el asa de salvación. Por eso pide libertad, iniciativa propia. Que no le den las cosas hechas. «Siempre he llevado mal pescar el pez o cazar la pieza que otro me ha puesto, esto es, que ya ha sido pescada o cazada antes o ha nacido en cautiverio» (p. 26). Tanto es así, que se sentiría humillado. La libertad ante todo, y nada de sentirse pequeño y sostenido

por los demás. El esfuerzo de uno, y es ganada aventura. Como juego de independencias respetadas. Como si aprendiese a descansar un poco (cansándose, correteando y pateando monte arriba y abajo) para dar a sus novelas, a sus personajes, latidos de auténtica vida. Ejercicio fugaz que preludia lo otro, lo humano e intransferible: lo del corazón solidarizado. Cristianamente, eso sí, dentro de las fronteras que tal doctrina ensancha o impone. Vínculos de Delibes con árboles y animales y nubes y amistades, escritor y hombre que se entrega con deleite a sus tareas cinegéticas, sociales y literarias. Es gavilla aunadora de su claridad humano-terrestre. La libertad y no el cautiverio. Diploma de trayectoria muy personalista, casi en el sentido dado por Emmanuel Mounier.

De esos ratos pateando por el campo, con la escopeta o la caña, surgen datos de exactitud en sus novelas. El propio Delibes lo dice. Al recordar un jabalí y un paisaje en el vallejo de Valdepuente por una junquera, precisa y añade: «éste es el gran solitario que ya había visto con mis hijos en el Páramo de Masa el verano antepasado, en cuento al que hago referencia en mi último libro *Con la escopeta al hombro*» (p. 70). Escenografía natural y concreta de lo geográfico. Todo cobra mayor fuerza en los recuerdos; la novela se asienta en la realidad de los hombres de carne y hueso unamunianos. Ese libro es su grato itinerario cinegético. Todo es revelador. La verdad y la dicha, tan humanas (y tan cristianas para Delibes). Escuchémosle comentarlo: «sólo puedo decir que yo lo he pasado muy bien escribiendo esta obra (y todas las de caza), porque, al prescindir de un plan, la evocación de las horas de libertad que pasé en el campo se reconstruyen de una manera vívida en casa, sin ninguna servidumbre que enerve tan placentera sensación» (p. 107). Relampagueantes líneas, demostradoras, reveladoras. Ahí vibra, aleteante, la realidad de Delibes. Con seguir los vocablos se tiene en seguida la sustancia del hombre y del escritor, sus ángulos de enfoque más claro y auténtico. La creación se halla y persiste en la persona sin ataduras. Noción humanista, claro. Y hasta enciclopedista si se le añade su corolario social legítimo. Delibes, la libertad, y lo mismo al escribir (sin plan y escrupuloso método progresivo-narrativo) que al cazar o pescar, por el monte o junto a los ríos. Montañero espíritu y casi indómito. Lo placentero y lo vivido, en ambas estampas, que luego «se reconstruyen» porque convergen y se unen, se fecundan muy entrañablemente. Es exacto el panorama, y de modo vívido, lo dice Delibes. Libremente, en asueto o descanso, sin ninguna servidumbre. ¿Y qué otra cosa debiera ser el escribir novelas, si ello engendra resonancia o es consecuencia de lo comuni-

cativo? Vida abierta, novelística abierta. Nunca cierra puertas y ventanas Delibes; por ellas entra el rumor de la vida humana y también el aire y la luz y el canto de los pájaros. Porque hay muerte en la caza y pesca, que si no, sería idílico y sanfranciscano cuadro de la realidad de nuestro mundo.

MORAL Y JUSTICIA

Cual *la otra cara* de la medalla es este enfoque en Delibes. No hay prioridad en la alternancia del anverso y del reverso. Aunque sí cabe convenir en honda preocupación humana. La esencialidad del hombre que vive (y siente, y lucha, y sueña, y sufre) junto al hombre que escribe. Estrecha coexistencia pacífica y apacible en el caso de Miguel Delibes. En la sensibilidad y en la retina se van acogiendo los mil pormenores de la cotidianidad de todos. Por ser eco y reflejo, poseyéndose un corazón que asume su presencia y su responsabilidad. Según el filo de los días y de los acontecimientos. «Está visto que tal como está el mundo uno no puede vivir su vida. Tiene que elegir y echarse en los brazos de un amo» (p. 30). Pero lo de España le zarandea, y lo precisa en cuanto al problema de la sindicalización: «Hay países y países...; la necesidad de dar un cauce legal a la protesta y de crear un sindicato representativo, y la conveniencia de establecer una nivelación salarial que permita vivir con dignidad a todo el que trabaja. De entrada, cuando un albañil español protesta por lo que gana, apuesto doble contra sencillo a que tiene razón» (p. 17). El texto no tiene desperdicio, y aclara muchas pegas. Delibes se adentra en sectores de tajante compromiso. No cede ante la mentira o la mordaza. Le urge la verdad, documento de dignidad de todos. Camino de cristiandad le guía, y adhiriendo a la defensa de la libertad justa y justiciera de todos y para todos. No hay escapatoria en él, y podría hacerlo, escudándose, por ejemplo, en la literatura meramente literaria. Además trabaja en *su* periódico, y exige noticias de información eficaz, clara y sin tapujos, esto es, libre. Se insurge: «¿Para qué la Ley de Prensa? Si a un director le privan de la libertad de elegir emplazamiento, plana, columnas y tipos para dar una información oficial, ¿qué le queda?» (página 20). Ahí está en el aire la pregunta; aún está aguardando a que se le conteste y se aplauda su justificado encono. Delibes aconseja el encararse y estar presente dentro de nuestra sociedad, y si no nos gusta, «lo que hay que hacer es trabajar para cambiarla, no huir» (p. 20). Trabajar, luchar, codo con codo, en la unidad popular. Pero no sólo

lo social, lo directamente social, le preocupa; también le entristece y anonada la invasión que esclaviza (lo audiovisual, la televisión, por ejemplo). Le asusta «la deshumanización creciente que nos envuelve» (p. 30), y es que interviene la falta de educación y de cultura y lo que él llama el cainismo español. Siente pesadumbre ante aldeas vacías, abandonadas, con callejas de ortigas y zarzamoras en silencio de cementerio. ¿Es España un ancho hueco o un hoyo inmenso como alguna vez dijo Dámaso Alonso? Delibes siente una gran conmoción interior. Es normal, se explica, se justifica. No ve, ni siquiera en lejanía, algo que sea dicha humana sencilla y merecida. «Para mí solamente el amor puede facilitar el cimiento de la nueva sociedad, y de momento no veo el amor ni en los que detentan el poder ni en los que aspiran a derrocarlo» (p. 42). Los sórdidos intereses y los ciegos egoísmos acaparan las actividades del hombre. Trágico y patético horizonte. Reclama, además, distribución de realizaciones. ¿De qué sirve adornar y hermohear algo si son muchas las carencias nacionales, en ciudades o aldeas? «Es decir, en tanto exista una familia sin techo, un niño sin escuela o un barrio sin agua, los gastos de hermoheamiento son gastos suntuarios que se aproximan mucho a la pura dilapidación» (p. 82). Así, se ponen los puntos sobre las íes. Y dentro de lo mundial es igual. Pero Delibes lo ve desesperanzado: «la solución a esta injusticia (lo de países pobres y países ricos) no es fácil sin una conciencia universal encaminada a parear la marcha de todos los países», y es que el mundo, «el tercer mundo sufre no sólo hambre, sino carencia de todo» (p. 87). Como si hubiese estancamiento en el proceso liberalizador de la humanidad, en pueblos y tradiciones, frenazos de mayor o menor inconsciencia.

¿Y España? ¿Cerrazón o apertura? «Ignoro si el país se estará abriendo a Europa (a lo mejor); lo que no me ofrece duda es que se está cerrando a los españoles» (p. 131). Se piensa en lo del Mercado Común, etc., y Delibes se plantea un problema nacional candente y tiene razón en plantearlo. No deja de interesarse por la vida diaria del país. Y con motivo de las clásicas *recomendaciones*, tan en práctica con los exámenes, Delibes quita la corteza en busca del tuétano revelador; así, valientemente, escribe: «Uno de los riesgos de las situaciones políticas no democráticas es que fomentan el caldo de cultivo para la alcaldada.» No es algo limitado al presente, ya existió: «Yo recuerdo los años cuarenta como años siniestros de alcaldadas en cadena.» Confía en el papel de la información sana, defiende a rajatabla el periódico libre: «Si la Prensa no guarda la viña (a todos los niveles), la arbitrariedad y la corrupción se enseñorearían sin demora del país» (p. 144).

Las circunstancias son especiales y por eso atina Delibes en mirada completa *a todos los niveles*; no es floja valentía. También defiende a Cataluña, pero en España *una y varia*, pidiendo que se pierda la miopía nacional, casi preludio de ceguera (p. 149).

Un año de vida da para mucho más, qué duda cabe. Predomina, por arriba y por abajo, la coherencia teórico-práctica e incluso política de principio de la existencia. Sobresale una especie de mata-cultura claro, con humanismo director. ¿Qué sería de Miguel Delibes sin esa brújula? Ahora, al enfrentarnos con la lectura de sus obras, ¿qué sería de nosotros en la re-creación sin un caminar coherente y consciente? Los poderes del escritor, a veces, se resumen en ilusiones perdidas, y es lo que Pedro Salinas trajo a cuento titulado así un capítulo de su libro *La responsabilidad del escritor y otros ensayos* (Seix Barral, 1964), cobijándose bajo la certera realidad balzaciana, con aquello de disparatadas atracciones: la gloria, el poder, el dinero. No, no va el tiro por ahí, y al escritor nada se le perdió por esos pagos. Los poderes, si es que tamaña posibilidad existe, en el escritor convergen siempre, y acertadamente, en la humanización de la aventura humana. Humanismo de nuestro tiempo. Con la verdad en la mano y en la mirada, con la solidaridad justa y justiciera en la significación de las palabras. No se aparta Delibes de ese itinerario. Si se entresacaron tres temas principales, eso no implica abandono de otros. Todo lo que existe, para Delibes, es factor que interesa al hombre. Naturalmente. Incluso autobiográficamente, al encauzarse el hombre en la pluma, en su destino de puesta en realidad, y hasta de puesta en acusación. No por mero placer (para eso está la caza, o la pesca, póngase por ejemplos), sino por claridad íntima, por exigencia y esperanza de lo esperanzado.

Un año de vida, un año en la vida. Literatura y, asimismo, todo lo demás. ¿Puede desgajarse del árbol su colección de ramas? La savia va por todas partes, y a todas las venas y hojas llega, o debiera llegar. Al surgir esa duda, esa hipótesis, empieza la dignidad del hombre. Para que la savia llegue a todas partes, porque debe llegar. Es también la convincente justicia. Un escritor de la densidad moral de Delibes lo sabe. No lo acalla. Tampoco lo expresa con violencia. No es su «estilo». Pero no le conviene la mudez. Tiene que decir, verdaderamente, algo. Lo dice. No lo silencia. Lo dice, dándole alas a la libertad de la palabra. Palabra dicha y puesta, nunca depuesta o muerta. Nunca. Tal vez podría ser el lema de Miguel Delibes.—JACINTO LUIS GUERREÑA (37, Avenue Marcel Castié. TOULON - Var - Côte d'Azur - Francia).